

# LEER Y ESCRIBIR LA HISTORIA movimiento social y vida contemporánea

Luis Jesús Galindo Cáceres

---

## I. Leer y escribir la historia

Hoy es lunes, el fin de semana fue agitado, la ciudad estuvo encendida, un grupo de rockeros tomó parte de la vida pública y privada por unas horas, el día se continuó en la noche, el automóvil probó su capacidad de movilidad liberal, una vez más unos pocos fueron capaces de conmover a los muchos. Pasó, es historia, de nuevo la escuela y el trabajo, la cocina y el mercado. Los días se parecen, dejar de respirar es imposible, antes de que caiga la tarde los aquí presentes tendremos hambre, ante la vista conjunta y forzada de cuerpos y rostros aparecerá el deseo. Sentado en su pupitre un niño escucha el cuento, que así le parece, Hidalgo detiene su camino libertador frente a la Ciudad de México, ¿qué hubiera pasado de llegar hasta el fin? En el metro un joven lee entretenido un ejemplar del libro vaquero, el caza-recompensas tiene buen corazón y sentido de la justicia, deja ir al viejo criminal, ambos se miran como salvados por el acto, el lector se conmueve al tiempo que brinca del asiento para salir del vagón. La televisión lleva cinco horas prendida, la casa está en orden, los niños observan atentos, la madre dormita. Un mosaico múltiple y complejo, la crónica de la vida urbana es infinita. Por un momento tratemos de imaginar la urdimbre de historias particulares que forman la red del tablado dramático de la ciudad. El efecto es proporcional al esfuerzo, nuestra

---

conciencia es rebasada de inmediato por la visión de tanto movimiento. Sin embargo vivimos día con día dando cuenta de lo que sucede alrededor, con un fragmento suficiente podemos circular con éxito entre el tejido inmenso y poliforme de nuestro escenario inmediato. Lo demás queda ignorado, jamás lo sabremos, no lo necesitamos, a final de cuentas sobreviviremos.

Cada actor de la vida urbana porta su historia particular, en ella están incluidos personajes, situaciones, éxitos, fracasos, amores y desamores, dificultades, golpes de suerte. En ese itinerario recorren diversos escenarios y tiempos. Una parte de esa historia está presente en su memoria, tiene fácil acceso a ella, otra parte forma el silencio incorporado en actitudes, previsiones, juicios, miradas. La historia recordada le sirve, le atrapa, al tiempo que constituye una guía de acción también es una prisión que limita alternativas. Pero además existe la otra historia, la olvidada, la que forma parte de una segunda piel que contiene y da sentido a su acción y reflexión. Las dos historias conviven en cada actor, una visible, la otra invisible, las dos presentes y actuan-tes. En este entramado se entrelaza la historia del otro, el presente y el ausente, la historia de los muertos y de los vivos, la historia de los cercanos y los distantes. Esta historia también es sentido, también es guía de acción, también está presente. Cada actor individual vive la historia del otro en forma particular; en unos es el relato materno o de los abuelos, en otros el libro de texto, la novela, la película, la televisión; en otros, un amigo, el vecino, el compañero de trabajo, el contacto circunstancial. La variedad de encuentros con la historia del otro es finita; el número de encuentros, también. Todas esas historias pasan al acervo de lo visible e invisible, se incorporan a la memoria y al olvido, se interiorizan profundamente o en forma superficial. En una ciudad de millones de habitantes existen millones de procesos de conformación histórica, uno por cada habitante, un universo de imágenes y asociaciones posibles en cada conciencia posible.

El registro histórico es elementalmente personal, cada actor social está dotado de la capacidad de memoria y olvido. En cada individuo existe un historiador posible, el relato de lo vivido y lo vivenciado está a la mano. El registro universal de todo acontecimiento ocurrido existe, se encuentra en la conciencia visible e invisible de todos los actores vivos. El pasado vive en cada acción presente, todo acto humano es producto de la historia universal individualizada. El curso histórico es múltiple y complejo, el discurso histórico también.

---

En el segundo se vislumbra la punta de un iceberg, el primero se explicita en el segundo, el segundo pone en forma textual al primero. De esta manera lo extenso tiene límites, límites que implican una opción, una decisión, el discurso de la historia no es toda la historia, es una versión, la posibilidad del acceso a lo inaccesible, el devenir total y absoluto.

La historia no acaba, el devenir sigue, en cada individuo y en un pueblo completo, sólo la muerte detiene el proceso. Cada individuo mientras vive, continúa incorporando historia a su ser sujeto, en la medida que aumenta su acervo visible y explícito, el invisible e implícito tiende a tomar forma en estamentos fijos de lo visible. Existen sistemas de memoria que permiten ir incorporando el acontecer en forma abierta, provocando cambios en la identidad del sujeto. Otros sistemas se cierran e impiden el cambio, la incorporación de nueva información es muy selectiva. La edad funciona como un sistema que se va cerrando, pero también sucede que el marco de experiencia permite multiplicar condiciones, en lugar de reprimirlas. Un proceso semejante se verifica en poblaciones e incluso en naciones completas.

El devenir puede encausarse en límites relativamente fijos de comportamiento, o en límites relativamente móviles. La conducta responde a patrones individuales y sociales. El acontecer puede ser incorporado con una apertura que permite la modificación del patrón perceptivo y de memoria, y también puede ser rechazado o limitado de tal manera que sólo confirme lo que ya se entendía. La relación entre conciencia del acontecer, percepción, memoria y acción es muy grande, una de las guías de su interrelación es el manejo de la historia, el orden de registro y ubicación de lo acontecido. Entre lo imaginable a nivel individual y colectivo existe una relación de comportamiento paralelo difícil de soslayar. Aprender de la historia y su registro a nivel individual trae aprendizajes importantes sobre la historia y su registro a otro nivel. El desarrollo de la composición de la memoria parece seguir ciertas reglas de conformación que tienen efecto tanto en lo individual como en lo colectivo. Esto en sí aparece como un elemento digno de tomarse en consideración, de un caso es posible extrapolar al otro tomando en cuenta las particularidades específicas de cada uno.

La historia está en todas partes, los historiadores posibles también, pero el momento del relato histórico es discontinuo y especial. El relato histórico implica el desdoblamiento del sujeto social, el tiempo interiorizado; el devenir social hecho sujeto, se objetiva, se

explícita; entonces el sujeto se contempla fuera de sí, mira a su mirada; el efecto es un impacto en la conciencia de consecuencias relevantes. Entre los individuos no es común el ejercicio del relato histórico; se presenta en condiciones y circunstancias extraordinarias, en la confesión, en el clímax de la entrega amistosa o amorosa, en la solemnidad de la prueba de veracidad. El relato histórico tiene más bien un tratamiento fragmentario, un curso sobre-selectivo, un afán pedagógico y manipulador. El historiador posible de la vida diaria no suele desarrollar el oficio, cumple con las pautas de la formación discursiva social que dicta qué se dice y cuándo, eso es todo.

Pero el potencial es enorme, la importancia del desdoblamiento del sujeto en el discurso histórico es tal, que la voluntad de poder se preocupa y ocupa en el asunto en forma impositiva y especializada. Nada mejor para la repetición que el olvido, nada mejor para la reproducción que el recuerdo sistemático en forma ritual y mitificada. Al poder le interesa fijar lo que le conviene y dejar pasar lo demás; llega incluso a perseguir y castigar cuando se sigue algún comportamiento contrario a lo que sus pautas prescriben. Y esto sucede en forma individual en la represión psicológica, y en forma colectiva en los patrones de acción de la dominación política e ideológica.

Todo esto apunta a una premisa: no existe relato histórico ingenuo e inofensivo. En la conciencia de la historia está la posibilidad del cambio, de la visión del curso de la vida y, por tanto, de la conciencia del devenir, la certidumbre de la movilidad del impulso vital. El control de la memoria impide y posibilita; el desdoblamiento del sujeto en el relato histórico es una transgresión al orden del continente y el contenido, el sujeto puede verse fuera de sí, mira a su continente, se contempla, lo que no sucede en su acción cotidiana. Tanto en lo individual como en lo colectivo el relato histórico conmueve y rompe las reglas del juego. Pero el relato histórico también tiene sus reglas, su composición no es espontánea y transparente, detrás de todo relato está nuevamente el sujeto, el autor del relato que decide qué sí y qué no.

La historia pesa, puede ser una carga que impide el movimiento, pero también puede ser ligera, puede ser la conciencia que permite lo que nunca ha sido. A final de cuentas la historia es sólo lo que podemos dar cuenta, aquéllo de lo que suponemos su existencia; y con un trabajo de énfasis emocional podemos insistir en descubrir lo que ha quedado pendiente y oculto. La historia es conciencia del devenir, lugar de la

formación del sentido que permite interrogar y ensayar las respuestas, el antecedente y consecuente de la acción. La historia es discurso y curso del sentido y de la acción, en ella nos encontramos, en ella nos separamos, en ella nos unimos, en ella nos diluimos.

El movimiento social se lee desde diversas perspectivas; tantos actores puestos en contacto con él permiten tantas lecturas correspondientes. Esa lectura puede convertirse en texto, magia del discurso y sus formas del relato; el movimiento social se hace historia textualizada, ya sea en forma oral o en otro formato. Ante este texto se produce una segunda lectura, la del texto. A partir de ese momento el peso de la textualización del movimiento social será cada vez mayor, el movimiento será visto a través del texto, sus características serán fijadas, su perfil será explícito y concreto, el del texto. Este fenómeno es tan peculiar que pone a pensar, la textualización de la vida no es cosa simple y accesoria, es central y compleja.

La historia es el devenir, es cierto, pero el conocimiento de ese devenir hace referencia a otro fenómeno, un fenómeno que es fundamentalmente discursivo. Si a esta situación se agrega el nivel del texto, es decir, del discurso objetivado, entonces por lo menos tres niveles de composición de la historia están en juego. Al primero le queda el marco general filosófico o teórico, el segundo se mueve en el orden de la historia visible y consciente, pero aun así móvil como el devenir mismo, en el tercero el asunto es otro, el texto fija y permite una visión estática de lo móvil.

La historia se lee y se escribe, después se vuelve a leer y se vuelve a escribir, y así diciendo, es entonces cuando se fija el sentido y se crean los mitos que mantienen unido e inmóvil lo que de otro modo seguiría transformándose en movimiento. Esto tiene más aristas aún. La historia en el primer nivel es el movimiento social en su impulso de composición de la vida, en este sentido el papel principal lo tienen los actores sociales. Sucede que a este acontecer se le mira y se le da un sentido, es decir, es leído por lectores, los cuales pueden o no coincidir con los actores del movimiento. Esa lectura en un momento dado puede convertirse en texto, versión fija de los acontecimientos. Esa versión será desde ese momento el acontecimiento mismo; el movimiento social será leído mediante el texto, es decir, será leído el texto prescindiendo del movimiento social. El asunto se complica cuando no sólo se tiene una versión de los acontecimientos sino varias, y detrás de cada versión existen intereses particulares de hacer pasar por la única y

verdadera la textualización formulada. Ese es el mundo de la lucha histórica en el tercer nivel, el de la textualización de la historia.

En esta primera dimensión del asunto de la historia en términos discursivos aparecen una serie de preguntas: el orden iría detrás de la personalidad de los autores y lectores del texto de la historia; interrogantes sobre los actores y su relación discursiva con su propia acción y con el texto que de ella se hace; cuestionamientos acerca de la relación del movimiento social con el texto del movimiento social. En fin, el planteamiento permite profundizar en varios aspectos de la cuestión en sí, y de la formulación del sentido y la ideología en general.

Pero existe una segunda dimensión del asunto de la historia en términos discursivos. Por analogía puede pensarse en una escritura y lectura de la historia que parta del primer nivel de la primera dimensión, pero siga el camino de la acción social en paralelo con el acto semiótico de la textualización de la acción en un relato. Es decir, los actores sociales al actuar escriben el acontecimiento, de él aprenden, el actuar es leído por ellos, lo que les permite actuar mejor. El fenómeno semiótico se amplía; vivir socialmente es aprender a leer la vida social, a descifrarla, y a escribir la vida social, a actuarla. La historia se hace en la acción, en el movimiento social, los actores leen y escriben la historia de su propia acción. En la primera dimensión media el texto, el decir sobre la historia; en la segunda dimensión esta mediación no aparece de inmediato, lo que importa es la acción. En ambas dimensiones se ordena el sentido, ya sea por especialización en discurso sobre la historia, ya sea por internalización de la acción misma que constituye la materia para el texto de la acción. Ambas dimensiones se interrelacionan en forma puntual.

## II. Leer la historia

La historia empieza aquí y ahora, el movimiento de la lectura histórica parte de algún lugar, ese lugar es este, y el momento inicial es ahora. ¿Qué mira el lector? Su casa, su estudio, su lugar de trabajo. ¿En dónde es el primer lugar en que surge la pregunta? Tal vez el lugar solitario y silencioso, quizás el vaivén del tránsito callejero, o sencillamente el punto en el que se mira hacia atrás y hacia adelante. La pregunta por la historia aparece en forma cíclica en la vida de todo individuo y de toda colectividad, y también en algún otro momento de

decisión circunstancial. La interrogación histórica está presente a lo largo de la vida, nos acompaña en silencio para de pronto surgir y agitar todo lo que ocupaba un aparente orden y discreción.

El momento de ajuste de cuentas con la historia es una situación límite, antes de ella se presentan otras más que conectan al sujeto con su devenir. La situación límite se presenta en los momentos de crisis, cuando las condiciones de realización de lo previsto se han modificado y están fuera de control, entonces es necesario hacer un balance, regresar sobre los pasos y ajustar el marco de previsibilidad del futuro. En estas condiciones la historia se convierte en el centro de la atención del sujeto, al cual le conmueve la certidumbre de estar fuera de escena, de necesitar un ajuste antes de que el horizonte de lo irreal lo rebase por completo. Los otros momentos son circunstanciales, dependen del final o del principio de un ciclo de actividad y orden en el sentido. Cuando un ciclo se agota, el ajuste histórico se hace necesario para proyectar el siguiente. Ambos casos son comunes y frecuentes, el ajuste histórico depende de la forma discontinua de la vida, ya sea por su composición cíclica o por su ruptura imprevista de orden y continuidad.

Antecedente de la lectura histórica es la lectura del día a día, la vida se repite, los días se parecen unos a otros, es previsible que las actividades del martes sean semejantes a las del lunes y el miércoles. El día con día marca el curso de la historia en su continuidad, los actores sociales se instalan en ciclos de vida con ritualización consistente de sus preocupaciones y reflexiones. Desde este marco se mira al mundo, se lee el periódico, se ve la televisión y se va al cine; desde este marco se conversa con la mujer, con los hijos, con los padres, con el maestro, con el lechero y el carnicero. El mundo es un espacio de certidumbre que se ajusta a un modelo de repetición consistente, lo que no cumple este ideal se torna caótico, angustiante, terrible, insostenible; la fuerza del orden cotidiano presiona al equilibrio y lo reconocible.

Cada situación, cada momento, tienen su curso normal de acontecer, su margen de variación, su punto alto y bajo de desviación normal. Los actores se ubican en un marco dramático, tiempo espacial de regularidades previsibles, su formación como sujetos se va apuntando con esquemas de percepción, memoria y previsión, que dependen directamente de los cauces de repetición de la vida cotidiana. Esos esquemas son los ojos con los que miran, los oídos con los que oyen,

el sentido con el que entienden y se dan un lugar a sí mismos, al tiempo que dan un lugar a cada objeto y persona pertinente a su marco de actividad y ocupación real o imaginaria, lo demás queda afuera. La alfabetización social enseña estos marcos de lectura a los actores, el proceso de formación de los sujetos implica que el mundo interiorizado está cifrado en estos esquemas. El sujeto lee al mundo desde su objeto interiorizado, objeto que se conformó de las regularidades de su vida cotidiana.

En este proceso de aprendizaje entra la dimensión histórica. Parte de las situaciones cotidianas se cargan de referencia histórica en forma explícita o implícita, de hecho todas las situaciones están cargadas de algún sentido histórico, pero sucede que existen algunas que en forma peculiar anclan al pasado o a algún momento del devenir. Estas situaciones componen al recuerdo, a la memoria, delimitan la posibilidad perceptiva y de previsión. La muerte, la separación, la aparición de lo imprevisto, los viajes, la modificación de la relación de objeto en la cual el sujeto queda solo ante sí sin un referente auxiliar inmediato. El objeto ha desaparecido o ha aparecido sin un patrón previsible del todo, el sujeto requiere atar a la nueva situación, el esfuerzo es intenso, la situación inolvidable, el hecho se vuelve histórico.

En complemento están los relatos sobre la familia, sobre la ciudad, sobre el país, personajes, sitios, circunstancias. Todo forma parte del medio cotidiano, incorporándose al sujeto en forma sutil, conformándolo en actitudes, valores, comportamientos. La historia general y particular cocinando a los sujetos sociales a través de sus agentes preferidos, la familia, la escuela, los medios de comunicación, la red de conocidos, la iglesia, el partido, el club. El cuadro está en proceso, constantemente en movimiento, el esquema de lectura de la vida en formación.

Entonces el sujeto social en cada momento y circunstancia lee al mundo y actúa en consecuencia. La lectura primaria es la de su medio inmediato, su entorno de relación básica. Este medio está más que leído después de un tiempo, entre la memoria y la realidad apenas existen diferencias, el actor podría recitar cada parte de su escenario inmediato después de habitarlo por años. El barrio, los caminos cotidianos, los vecinos, la propia casa, los lugares recurrentes, todo conforma un mapa que se maneja con soltura y eficiencia. Parecería que en cierto sentido el tiempo no pasa, cada rincón, cada esquina, están llenos de recuerdos, pero en forma complementaria todo es lo mismo,

---

está fijo en la memoria y la percepción; sólo un desastre modificaría lo que casi permanece inmóvil dentro de la agitación de la vida diaria.

Al tiempo del fenómeno del reconocimiento se presenta la ubicación histórica, cada persona u objeto están cargados de imágenes y asociaciones. Por un lado lo mismo, es cierto, pero por otro el inmenso y profundo sentido de la pertenencia a un devenir conocido y recordado. El mundo cotidiano está fijo en el movimiento acumulado.

Pero la lectura no está cerrada al mundo conocido; aunque depende de él en forma fundamental, existe también lo otro, lo desconocido parcial o totalmente. En este caso lo que sucede es un traslado del marco de lectura, una extrapolación de rasgos de lo conocido hacia lo desconocido. Lo desconocido se reduce a lo conocido, se identifican los rasgos que pudieran ser calificados de reconocibles y lo demás se deduce por contexto, la incertidumbre de la ignorancia queda sustituida por la tranquilidad del reconocimiento forzado.

La certidumbre, la seguridad, la tranquilidad, el equilibrio que proporciona la lectura de lo conocido y lo desconocido a partir de lo conocido, es el sentido. Un mundo sin sentido se vuelve amenazante, agresivo, indescifrable. Por ello para adquirir el sentido no basta con la vida cotidiana y su apoyo en situaciones e imágenes; siempre habrá más no conocido que conocido, sobre todo en un medio urbano intenso en variedad y contrastes. Para fundamentar al sentido se requieren principios organizadores generales de la vida social, principios que se aprenden en el seno de la familia y de la comunidad cultural, esos principios sí tienen respuesta para todo, están contruidos de formas universales generales, se expresan en mitos, en símbolos, en relatos y parábolas. Esos principios provienen de la historia, del margen de la experiencia acumulada y acuñada en premisas y valores universales. La lectura de la vida requiere de ellos, su actualización es cotidiana, se contrastan día a día con las situaciones convencionales, con ellos se enfrenta el actor-lector a lo desconocido y lo resuelve. Hacen falta muchos años y generaciones para formularlos, pueden desaparecer en una sola generación.

Los marcos de lectura provienen de la propia biografía y de la historia del grupo social del que se forma parte. Lo que depende de la propia vida es el cúmulo de experiencia acontecida y puesta en forma en algún sentido en cada momento de la acción y del juicio; se ordena en los márgenes de la relativa autonomía que todo sujeto tiene por poseer una voluntad y una intención vital. Lo que depende del grupo

---

social se trama en la compleja red de relaciones e intereses del pequeño y gran poder, desde la familia, pasando por la escuela, los medios de comunicación, y todo aquello que desea dejar su huella en el sujeto sujetándolo a un protocolo inducido de comportamiento y de sentido del mundo. El panorama de la libertad queda pendiente de un delgado hilo llamado a veces espíritu crítico, a veces locura, y en ocasiones peligro y subversión.

Y nuestra conciencia, nuestro gozo, nuestro dolor, nuestra esperanza, nuestro rencor, dependen de este marco de lectura así compuesto. El mundo es recibido en nuestra sensibilidad; antes de cualquier acción, de cualquier impulso, está el contacto con el exterior, el sentido de la ubicación y sus relaciones. El sujeto se mueve a partir de lo que entiende que el mundo es, de lo que percibe y comprende de ese extenso objeto que va interiorizando poco a poco, ese objeto general que inscribe su presencia en la memoria y el sentido del sujeto.

La pregunta sociológica y antropológica consecuente es ¿qué leen los actores sociales? ¿de dónde proviene su marco de lectura? ¿qué efecto tiene en ellos la lectura del mundo en circunstancias y condiciones precisas? Todo ello puede ser indagado, todo ello supone una lectura especial, la lectura del investigador social, la lectura de las lecturas, una tarea compleja y ambiciosa.

En principio la lectura del indagador social tiene el marco de composición particular de su proceso histórico al igual que cualquier otro actor-lector social. Esto enmarca su lectura dentro de sus condiciones de formación como sujeto, su lectura depende de su historia individual. Pero el indagador social está formado dentro de un proceso de capacitación especializado, durante años es sometido a un aprendizaje de marcos de lectura cualitativamente distintos a los propios de su ser sujeto social común. El indagador social se convierte en un sujeto especial --al menos eso cree y le hacen creer otros semejantes a él. Este peculiar lector mueve su mirada al mundo y lo fija en conceptos y esquemas propios de su campo de formación especial. Piensa que su lectura es distinta y superior a la del sentido común, el poder le confirma su creencia y aprovecha sus lecturas. El ser tan especial lo transforma cada vez más en un lector especializado, y no sólo por hacer lecturas especiales, sino porque se dedica sólo a leer según su marco de lectura tan ponderado como superior. El lector tan especial se mueve por el mundo leyendo y escribiendo lo que lee, y a veces incluso se siente satisfecho de su tarea.

---

El mundo social se mueve ante el lector especial como un libro que él va descifrando y fijando en sentido. Esto hace equivalente su lectura a cualquier otra, pero además él y otros semejantes a él creen que su lectura es superior y con derecho a ser definitiva, a sobreponerse sobre la lectura de los demás, empezando por la de otros semejantes a él mismo. El lector tan especial reproduce al poder, consigna lo pertinente y lo impertinente, declara, magnifica, y también guarda silencio, oculta. La lectura del poder siempre debe ser la única válida, la auténtica, la definitiva.

El marco de lectura de los especialistas es todo un asunto a desentrañar, imaginar en este momento los marcos de lectura de los políticos, de los sacerdotes, de los militares, de los artistas. La imaginación tiene una enorme tarea por desarrollar. El marco de lectura está detrás de las decisiones y las acciones, esto aparece así tanto en el hombre común de la calle como en el encumbrado que personaliza al gran poder. Pensar en este tema es pensar en las condiciones de organización del mundo contemporáneo, en la composición de la vida actual.

### III. Escribir la historia

Día a día el mundo empieza de nuevo, miles, millones de actores escenifican sus rutinas con asombrosa precisión. En los lugares más escenográficos y múltiples que son las ciudades, los actores continúan su vida, la suspenden y vuelven a empezar. La historia urbana es escrita a la vez por miles de actos simultáneos, el coro es estruendoso, el mundo se agita a gran velocidad, los cimientos de la ciudad se conmueven, la sombra urbana crece y cubre más territorio, las vidas individuales continúan su movimiento incesante. Los párrafos de la historia urbana se suceden, es necesario sobrevivir, es necesario crecer y superarse. La escritura de la historia cumple a un ritmo intenso su oficio, nuevas edificaciones, basura, ecos de voces y actos, efectos de las mil acciones sobre todos los sentidos. La vida sigue, miles nacen, miles mueren, otros comen o rezan. Al final del día el universo ha sido recreado una vez más, aun en el silencio nocturno la actividad contada.

El primer nivel de escritura de la historia se cumple en la actuación cotidiana de los sujetos sociales, dicha actuación es percibida por ellos mismos y por otros. El medio social es el escenario del contacto, de la mirada, de la observación atenta o distraída. Los

actores dan cuenta de lo que hacen ellos y los otros, el primer registro histórico se cumple con la huella que queda de este contacto convencional y en buena parte rutinario. Algunos son más observadores que otros, en ellos el registro queda más profundo, más permanente. En todos los casos el registro se consume una y otra vez, a cada acción realizada corresponde un registro de la acción.

Pero los registros no son idénticos, existen tipos de registro. El primero es el que deja la propia acción, ante un salón sucio la acción de limpieza deja su huella en el resultado, en un segundo nivel queda la impresión de la acción en el que la ejecutó, en un tercer nivel estaría un espectador de la acción y el resultado, en un cuarto nivel el registro verbal de lo sucedido por parte del actor o el espectador, en un último nivel se encuentra el registro que podría hacer alguien que escucha lo que aquéllos dicen. La escritura es variable, adopta diversos formatos y se presenta en distintas condiciones.

La acción inaugura todo, el propio movimiento en su impulso transformador. Toda acción modifica un estado de cosas, en esa modificación inscribe su memoria de haber existido. Si algo cambió por el efecto de una acción, el estado resultante es testimonio de lo sucedido. En este sentido el mundo social es un libro que habla de lo sucedido, va dejando huella del movimiento en todas partes. También es cierto que va encubriendo a la manera de una pirámide construida sobre otra. Pero de la misma forma que un arqueólogo puede ir descubriendo lo que hay debajo, un lector puede ir descubriendo las huellas de la acción en las distintas regiones de la vida social.

Todos portamos el registro de nuestra historia inscrita por nuestras acciones, como arrugas en el rostro, como tics en el gesto, como lunares en la piel. El comportamiento social deja huella en los actores y en sus escenarios, el género policíaco ha explotado esta situación desde su convencionalización. Indagar la vida social es intentar la lectura de los signos que el comportamiento ha dejado sobre la superficie de la composición y la organización social.

Cualquier movimiento social escribe su parte de la historia para la posteridad, y a su vez demuestra la historia que movimientos anteriores han dejado inscrita en el comportamiento y expresión en general de los actores que los ejecutan, los escenificadores de guiones antiguos representados sobre nuevos escenarios. Esta situación es elemental para acercarse al estudio y análisis de los movimientos sociales. Cada día se inicia la historia, el comportamiento actual es único e irrepetible,

pero también es producto del movimiento y la acción previas, continuidad y ruptura escenificándose a cada momento.

Pero no todo queda en la acción, están las versiones de esa acción como posibles interpretadores de lo sucedido. La historia se articula en los niveles discursivos y lingüísticos del acontecer. Lo que se dice del acontecer es el acontecer mismo para el que escucha, a menos que el escepticismo haya hecho estragos insalvables. Decir el acontecer es hacer aparecer ante el sentido al acontecer, entonces ya no importa lo que haya sucedido sino el efecto discursivo del decir sobre lo sucedido. El decir sobre el acontecimiento se torna el acontecimiento. Por tanto el relato histórico se vuelve relevante en tanto configura al mundo en discurso, confirmando que es el sentido del mundo, efecto discursivo, lo que queda del acontecer en el mundo. El mundo discursivo cubre al mundo de la acción, el decir sobre el acontecer es lo que tiene la última palabra.

El enfrentamiento entre el acontecer y su registro tiene también una larga historia, su devenir depende de los diversos marcos de lectura que escuchan una u otra versión de lo sucedido. En la última circunstancia es la acción la que dirime la diferencia, el vencedor en la acción será de nuevo el que tenga la aparente última palabra. El discurso está antes y después de la acción, la acción tiene un peso elemental, pero es el discurso el que perdura en el tiempo, la acción sigue siendo tan efímera como una versión cubriendo a otra hasta hacerla desaparecer por completo. El olvido es posible, en él desaparece la historia de la acción, a veces para siempre.

Ante la diversidad de versiones, incluso ante la posible única versión, surge la pregunta por el escritor, por la intención de escribir. Alguien tiene interés en promover una versión, alguien tuvo la ocupación de realizar un registro. El poder del texto es muy grande, el texto queda, así sea una versión oral que pasa de generación en generación. Si se escribe, si existe la intención de fijar al acontecimiento es por la permanencia del texto sobre lo efímero del acontecer. Esto motiva a fijar el acontecer de acuerdo a cierto marco de lectura, el que una versión subsista representa haber vencido a la acción, haberla superado en su condición de actual e inmediata.

Lo que presiona a escribir un texto es la situación actual, cualquiera que ésta sea. El escritor enfrenta al acontecimiento con el referente inmediato de lo que sucede en su entorno y lo presiona. La ubicación del escritor dentro del escenario social es clave para enten-

der su textualidad. Al responder a su medio inmediato el escritor busca fijar lo que le conviene, lo que le ayuda a sostener o mejorar su estatus, el que él considera como importante --que en alguna ocasión es su estatus personal únicamente, en otras una causa, en otras una coyuntura particular. La lectura del escritor está condicionada por su marco de lectura, que tiene un referente en el pasado y en el futuro, pero que responde fundamentalmente a su situación actual. El marco de escritura se corresponde entonces con el marco de lectura, inferir su composición es definir la situación inmediata de lectura y de escritura, así como las condiciones previas de diversa índole.

Escribir es actuar, pero con una ventaja, el texto trasciende la acción de escribir. Esto lo saben todos los escritores del mundo, desde los literarios hasta los que firman las constituciones nacionales. Sin embargo escribir sigue siendo una acción, y, por tanto, una opción. Hace unas líneas se hacía referencia a la acción como registro, pero también se mencionaba su posible encubrimiento por otras acciones casi de inmediato. En el caso de la escritura el texto es el que encubre de inmediato a la acción de escribir, su persistencia en el tiempo le permite incluso resistir a otras escrituras. Esto lleva el asunto al terreno del enfrentamiento entre textos, no es extraño que las grandes luchas tiendan a verificarse alrededor de la textualidad.

La relación entre actores y escritores es múltiple y compleja, existen niveles y jerarquías. Para la escritura de la historia existen acciones que son definitivas, no se puede equiparar el movimiento social de la Revolución Francesa con el mayo de 1968, o la Revolución Mexicana con un paro de maestros. Así como en otra escala, la de la vida individual, no es lo mismo lavarse los dientes que divorciarse. Las acciones dejan diversa huella según su efecto sobre la configuración del orden que están impresionando. En el sentido literario de la escritura sucede algo semejante, el acta de independencia no es semejante a una nota del mercado, o a la cuenta anual de gasto corriente nacional. Niveles y jerarquías, existen actos de mayor relevancia que otros, existen textos de mayor importancia que otros.

Pero eso es lo evidente, la relación entre acciones y escrituras es compleja, unas y otras se van tramando en el acontecer diario, dando lugar unas a las otras. El efecto de acciones tal cuales sobre textualizaciones es uno, y el efecto de textualizaciones sobre acciones es otro, entre ambos efectos media la lectura y el marco de lectura. El discurso vuelve a aparecer como la estrella que ilumina todo acontecer social

---

en forma directa o indirecta. Y esto es más evidente aun para alguien que se especializa en estudiar los efectos de sentido, como un investigador social.

La cadena de acciones y textualizaciones marca el ritmo actual de la historia contemporánea, nunca como ahora existe un número tal de textualizaciones sobre acciones, nunca como ahora el efecto de esas textualizaciones es imprevisible del todo. El poder se ocupa sobre la textualización tanto como por la acción, y hace tiempo que aprendió que controlando la textualización controla la acción. Pero aún así la posibilidad de textualización sigue presente y, por tanto, el posible efecto sobre acciones futuras. El campo de batalla del texto es tan importante como el de las acciones, y el control ejercido sobre él es aún mayor.

La vida social se construye de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo, los medios de comunicación masiva han potenciado la construcción de arriba hacia abajo, pero no han cooptado, porque no es posible, la construcción de abajo hacia arriba. La escritura de la historia desde las acciones concretas sigue cauces que la textualización no alcanza a delimitar y fijar. Son tantas las variantes que el mundo sigue su marcha histórica desde lo inmediato de las acciones de los millones de actores cotidianos. Ellos siguen aprendiendo desde su experiencia personal única e independiente, aún la sociedad de masas no ha penetrado a su minuto a minuto. La acción cotidiana y la gran textualización del poder tienen hoy por hoy un enfrentamiento intenso, a veces invisible.

¿Quién hace a la historia? La pregunta es vigente, las respuestas son múltiples. Dos de ellas van en el sentido de la escritura de la historia, por un lado la acción concreta es la que sigue y seguirá haciendo a la historia, el actor social es el autor de la historia. Por otra parte está la textualización, aquí la acción concreta es expropiada por el texto, la historia es según quien escribe el texto de la historia, y como el texto sobrevive a la acción, termina siendo la historia el efecto de sentido promovido por el texto. El caso es que no hay marcha para atrás, las dos historias están vigentes, la lucha está presente. Lo que suceda les sucederá a las dos. La opción contraria es la inmovilidad y el silencio totales, la imagen de la muerte o de la iluminación, el futuro parece ser aún móvil y con signos por descifrar.

## Notas y referencias bibliográficas

- Balibar, Etienne et al. *Teoría de la Historia*.  
Terra Nova, México, 1981.
- Braudel, Fernand. *La historia y las ciencias sociales*.  
Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- Carr, E.H. *¿Qué es la Historia?*.  
Planeta-Seix Barral, Barcelona, 1981.
- De Certeau, Michel. *La escritura de la historia*.  
Universidad Iberoamericana, México, 1985.
- Eco, Umberto. *Tratado de semiótica general*.  
Nueva Imagen-Lumen, México, 1978.
- Fontana, Josep. *Historia*.  
Crítica-Grupo editorial Grijalbo, Barcelona, 1982.
- González, Luis. *El oficio de historiar*.  
El Colegio de Michoacán, Zamora, 1988.
- Johnson, R. et al. *Hacia una historia socialista*.  
Ediciones del Serbal, Barcelona, 1983.
- Kula, Witold. *Reflexiones sobre la historia*.  
Ediciones de Cultura Popular, México, 1984.
- Pereyra, Carlos. *Historia ¿para qué?*.  
Siglo veintiuno editores, México, 1982.
- Prieto, A.M. Arciniega. *La historia como arma de la reacción*.  
Editorial Akal, Madrid, 1976.
- Samuel, Raphael (ed.). *Historia popular y teoría socialista*.  
Crítica-Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona, 1984.
- Veyne, Paul. *Como se escreve a História*.  
Universidad de Brasilia, Brasilia, 1982.
- Vilar, Pierre. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*.  
Crítica-Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona, 1981.